

era un hombre de Estado que creía en las virtudes del agua bendita un poco teñida de rojo. Su misión en el grupo conspirador era procurar la ayuda franca de los facciosos al plan de intervención monarquista; era preciso convencerlos de que se adhiriesen á las fuerzas extranjeras, de que se sometieran á los jefes extranjeros, etc., y todo ello era muy difícil.

☪ Algunos cabecillas del partido reaccionario en armas eran monarquistas; la mayor parte, no; por eso muchos, Negrete, González, Alatorre, Benavides, reconocieron y juraron y sirvieron con inquebrantable empeño las banderas de la República reformista desde que ésta pronunció la palabra AMNISTÍA, y todos llegaron á ser exaltadísimos anticlericales; habían sido reactivos del color del general Osollo, porque en su carrera militar se habían forjado una religión del apego á los fueros del ejército, sin ninguno por los curas y la Iglesia. El plan de Miranda era éste, según de su correspondencia puede colegirse: organizar el ejército reaccionario en torno del general Santa Anna y á la sombra de la bandera intervencionista y darle el primer papel en la reconquista del poder: la intervención, es decir, Francia y España, vendrían á la retaguardia. El monarca sería criatura, no de los aliados, sino de los conservadores; el ejército extranjero dejaría entonces á Méjico en poder de la reacción armada y remunerada y al emperador prisionero de la reacción: Santa Anna sería el vice-emperador y Almonte el ministro de Guerra. Zuloaga, Márquez, Mejía, Cobos, las cuatro cariatidas de bronce del trono, serían los dueños de las cuatro espadas; el padre Miranda en el ministerio de Cultos organizaría la desnacionalización de los bienes eclesiásticos. — El cántaro de la lechera cayó en pedazos el mismo día que D. Juan Almonte vino á Méjico como agente político del emperador Napoleón.

☪ Los militares del viejo ejército que llegaron á considerar la Intervención como un instrumento explotable para renovar una temeraria aventura y apoderarse del gobierno, eran los menos monarquistas de todos, y una fuerte levadura de mejicanismo persistente en sus corazones hacía fermentar en su conciencia la sorda protesta contra la dominación extranjera, á la que su ambición les sometía, sin embargo. ¿No era el general Miramón quien personificaba este elemento facticio del neo-monarquismo mejicano? Se había comprometido con Gutiérrez Estrada á secundar el plan intervencionista francés; luego había manifestado en Madrid su descontento y su poca fe en el buen éxito de la descabellada empresa; luego renovó su compromiso y de hecho vino á Méjico, después de haber sido colmado de honores por el capitán general Serrano, en Cuba, de un modo un poco enigmático; el jefe de la escuadra inglesa resolvió el enigma obligándolo á volverse.

☪ ☪ ☪

☪ De todo esto había barruntos en Méjico; noticias completamente positivas, no; nuestro encargado de negocios en Washington ENTREVISTABA á cuantos podía, mandaba cuantas noticias publicaban los periódicos y de todo ello y de las co-

municaciones del Sr. Fuente se colegía que habría guerra y ésta era la opinión de todos. Y ¡cosa singular! el país cansado de luchas y reducido á la miseria POR LA CONTIENDA FRATRICIDA, como se decía en todos los tonos del énfasis, fué sabiendo lentamente lo que pasaba y apenas se conmovió; apenas habría exageración en decir que no hizo caso, que se encogió de hombros: la gran masa rural, por indiferente á todo, por fatalismo ingénito, por seguridad de seguir siendo el chivo expiatorio que cargase con los pecados y las pedradas de unos y otros; la población urbana en ciertos centros, en los Estados, en la frontera del Norte, en la Costa, se agitaba un poco: solían estallar allí mitins, protestas, manifiestos, discursos, versos, pero el resto de la población urbana, ó vacilaba todavía entre sus tradiciones religiosas y la inmensa aventura de transformación á que la convidaban LOS PUROS ó, retraída y egoísta, se sentía con ganas de que las cosas fueran POR DONDE DIOS QUISIERA, según el vulgar decir.

☪ La tarea que emprendió entonces el partido liberal, el partido reformista, el grupo más activo de él, los que hoy llamaríamos JACOBINOS, fué santa, fué grande, fué soberana: emprendió reencender la llama del patriotismo en la Nación, en los núcleos vivos y conscientes de la Nación, todavía perdidos en el mismo plasma, inconsciente casi, de que ha ido formándose y se forma todavía la Nación mejicana. Lo emprendió con el discurso, el folleto, el libro, la revista, el diario serio, el semanario caricaturístico, el himno, la canción popular, el club, el mitin al aire libre, el banquete patriótico, la fiesta cívica, el teatro patriótico; la emprendió con todo ese combustible, y, antes de finar el año, empezaba á hervir en los corazones el anhelo sagrado de hacer algo, de sacrificar algo por el país.

☪ El Congreso rechazaba, á pesar del peligro, á pesar de que se nos decía que era aquella una tabla de salvación en el naufragio, el tratado celebrado entre el ministro mejicano Zamacona y el ministro britano Wyke, y derogaba la suspensión de pagos; organizaba el recurso de amparo que exigía el artículo 101 de la Constitución contra toda violación de garantías cometida por la autoridad, y, ante la inminencia de la invasión española (ésta era la faz de la Intervención en Noviembre y Diciembre de 1861), decretaba una amnistía completa; exceptuó de ella á los que se habían titulado presidentes bajo los auspicios de la rebelión reaccionaria, á los grandes criminales del tipo de Márquez, etc., pero, mediante ciertos requisitos, permitióles salir del país. En los primeros días de Diciembre, supo que una tropa española había desembarcado en Veracruz, desocupada por imposibilidad de ser defendida contra escuadras europeas por nuestros viejos cañones y nuestros endebles muros; entonces el milagro del patriotismo comenzó á efectuarse: ¡nadie dudó de la victoria sobre España!

☪ ☪ ☪

☪ Obedeciendo á sus instrucciones, el capitán general de Cuba, Serrano, que de buen grado se habría encargado del mando de la expedición realizando el deseo vivaz de los emigrados mejicanos, ultimó sus aprestos bélicos y envió una

flota á Veracruz con algunas tropas de desembarco, simple vanguardia de un contingente más numeroso que estaba ya en marcha; estos destacamentos españoles mandados por el general Gasset se adueñaron de Veracruz y del Castillo de San Juan de Ulúa, que, por desgracia, no pudo ser completamente desarmado, porque realmente la sucesión del período militar al período diplomático de la intervención fué por extremo rápido y constituyó en Méjico una verdadera sorpresa; todo se esperaba, nada tan pronto.

☪ Gasset proclamó desde luego que las tropas españolas no venían á CONQUISTAR, sino á RECLAMAR el cumplimiento de los tratados, la satisfacción de los ultrajes inferidos á los súbditos de Doña Isabel II y garantías para lo porvenir. Ni una palabra en esta primera proclama que aludiere á la convención de Londres; España tomaba por su cuenta la intervención.

☪ Esto, ya lo dijimos, y en ello conviene D. José Hidalgo, fué una ventaja para el partido republicano; todo el rescoldo de odio contra LOS ANTIGUOS DOMINADORES, odio de que había vivido durante cuarenta años la popularidad del partido reformista en las masas y que, en realidad, hacía contrapeso hasta al fanatismo católico, se avivó con el huracán inmenso de protesta que estalló en la prensa y la tribuna al finar el sesenta y uno y que no podía calmar por cierto, sino reavivar, con el desprecio, una proclama ultra-vergonzante del presidente de los reaccionarios de Ixmiquilpan, D. Félix Zuloaga, que recomendaba que se propagase la idea de que los españoles no venían á combatir contra la libertad de Méjico, sino contra LA FACCIÓN DEMAGÓGICA.

☪ Juárez dió el tono á aquella protesta contra España en su gran manifiesto de 18 de Diciembre: «Fuerzas españolas, decía, han invadido nuestro territorio; nuestra dignidad nacional se halla ofendida y en peligro tal vez nuestra independencia. En tan angustiadas circunstancias, el Gobierno de la República cree cumplir con uno de sus principales deberes poniendo á vuestro alcance, mejicanos, el pensamiento cardinal que deberá ser la base de su política. Se trata del interés de todos y, pues todos tienen obligación, como buenos hijos de Méjico, de contribuir con sus luces, con su fortuna y con su sangre á la salvación de la República, todos tienen igual derecho á instruirse de los acontecimientos y de la conducta del Gobierno.»

☪ Seguía una exposición muy concisa, muy clara, muy justa de las reclamaciones de España y su refutación con la afirmación de unos cuantos hechos innegables. Ofrecía, á seguida, hacer cuanto estuviese en su posibilidad, en su posibilidad económica sobre todo, para dar satisfacción á lo que hubiere de justo en las demandas españolas; «sin aceptar condiciones que no puedan admitirse sin ofender la dignidad de la Nación ó comprometer su independencia». Acababa excitando á todos á que deponiendo los odios y enemistades á que había dado origen la diversidad de opiniones y sacrificando fortunas y vidas, se reuniesen en derredor del Gobierno en defensa de la causa más grande y más sagrada para los hombres y para los pueblos: la defensa de la Patria.»

☪ Verdadero porta-voz del grupo que ha representado en nuestra historia la causa del progreso y de la civilización, cerraba Juárez aquel documento, con que

en realidad se encabeza la tremenda tragedia de la intervención, con exhortaciones al pueblo para que respetase á los extranjeros que trabajaban en paz á la sombra de la hospitalidad mejicana.

☪ Doblado se había encargado del ministerio de Relaciones: su conducta equívoca en los días del triunfo de Ayutla; su habilidad en colocarse en primer término al fin de la guerra de tres años; sus cortos escrúpulos (él aconsejó á Degollado la captura de la conducta en Laguna Seca); la situación excepcional de influencia y fuerza que se había creado en todo el Bajío; su ambición apenas disimulada de encaminarse más ó menos tortuosamente á la Presidencia de la República (sus amigos eran el alma de la coalición contra Juárez en el Congreso); su natural inclinación á las transacciones y componendas de que pudiera sacar ventaja; su clarísima inteligencia y su energía personal, le daban el crédito de un gran político; era el político del partido reformista.

☪ Doblado era por su temperamento un oportunista, un posibilista; sin altos ideales, pero progresista por convicción, y seguro de que la Reforma era la condición necesaria del progreso en Méjico, el gobernador de Guanajuato ni era hombre casado con los procedimientos de intransigencia recomendados por el jacobinismo exaltado; ni repugnaba servirse de los reaccionarios cuando pudieran ser útiles, con tal de no ceder en el terreno de los principios; ni era de los feroces que creían que no debía tratarse con el extranjero mientras no ocupase el territorio y menos con los españoles; todo, en suma, lo veía bajo el ángulo de lo conveniente y realizable. Con esas ideas ingresó en el Gabinete: el Sr. Juárez conocía perfectamente á Doblado y sabía que si no era su enemigo personal (no había por qué), sí lo era político, dentro del campo liberal; sabía que el ascendiente del gobernador de Guanajuato iba á crecer de un modo formidable si lograba desbaratar la coalición y nulificar la convención de Londres (lo que efectivamente logró Doblado al romperse los tratados de la Soledad), y que de este ascendiente nada bueno sacaría él, Juárez, en favor de la estabilidad de su Gobierno; á esto, sobre todo, se añadía el peso de la espada del sagaz diplomático, que era considerable, puesto que era la magnífica división de Guanajuato, perfectamente organizada y armada, apenas inferior á la de Zacatecas de que disponía González Ortega, bastante sensible á las influencias del talento práctico de Doblado. Más aún: es casi seguro para quien haya respirado un poco dentro de la atmósfera política de aquella época, que á no haber sido por la Intervención, y una vez definitivamente aniquilados los facciosos, lo que sólo era cuestión de tiempo, la coalición armada del Norte y el Centro (Doblado, González Ortega, acaso Vidaurri) habría pretendido ejercer una presión decisiva sobre el ánimo de Juárez para obligarlo á dimitir. Juárez no habría dimitido porque no sabía retroceder un palmo de su derecho, y con las fuerzas de Oajaca habría pretendido resistir; esto era, sin embargo, la guerra civil. Démonos la fácil satisfacción de pronosticar que Juárez se habría sobrepuesto al obstáculo, no sólo por el maravilloso temple de su arma de combate (los batallones oajaqueños), sino por una resistencia tenaz de los elementos liberales á correr otra aventura teniendo al representante de la ley en contra: la lección de la guerra